

LA VIRGEN DEL SOL

Jordi Díez

*A Luz, el sentido de todo,
y a todos los que compartieron
la ilusión por esta obra.*

PRIMERA PARTE

1

Faltaba muy poco para que amaneciera en la aldea, aunque nosotros, envueltos en la turbia neblina de la madrugada, esperábamos con emoción el primer rayo del Dios desde hacía varias horas. Muchos años me mantuve aferrado al sentimiento, purificado por la mola del recuerdo, de ese día, cuando el sacerdote le colgó la chacana que debería llevar hasta su muerte.

El primer rayo en desafiar el horizonte nos colmó de júbilo y anunció el día de su máximo poder, el día que permanecería con nosotros más tiempo, su gran día y el nuestro. El curaca se había preparado tras semanas de ayuno para el solsticio de verano. Ese día anunciaría el éxito de las cosechas venideras. También era el día en que a todos los niños de la aldea que habían cumplido diez años, y que por tanto dejaban atrás la edad de la niñez, se les designaba su futuro en la comunidad.

Poco a poco la luz del sol se fue apoderando de la tierra, los colores comenzaron a surgir entre la neblina y los cánticos de los habitantes de la aldea se extendieron por las gargantas de las majestuosas montañas, que ya recortaban sus perfiles azulados contra el cielo. El sacerdote hizo tronar una caracola y comenzó la ceremonia de gracias al Sol. Cuando finalizó, Chabcha Auca comenzó a llamar a los pequeños por sus nombres, uno a uno, y les fue prendiendo una chacana diferente según cuál fuera su futura función en la aldea. Para casi todos fue la tradicional de piedra roja, como la que yo lucía desde mi designación y que no debería abandonarme jamás. Las niñas, en cambio, la lucirían hasta el día de su matrimonio, cuando su marido la cambiaría por un collar de cuarzo. A mi pequeña le prendió una de piedra esmeralda que marcó su destino como virgen en uno de los santuarios de los Hijos del Sol.

Una semana antes, el sacerdote ya nos había anunciado que tal posibilidad parecía estar escrita en las estrellas, pero que el transcurso de estos últimos siete días terminaría de concretarla.

No podía haber más honor para unos padres que habíamos engendrado una sola hija. Miré a mi esposa y sentí su emoción en mi piel. Era hermosa,

su pelo negro, recogido en una gruesa trenza, le caía por la espalda. Sus ojos esmeralda denotaban un orgullo que ni el duro trabajo del campo había logrado mitigar, así como un valor capaz de hacer temblar al más valiente guerrero. Con las mejillas quemadas por el sol, a mis ojos Airún era la mujer más hermosa de la aldea. Nemrac miraba extrañada su nuevo colgante, sin saber todavía que ese pequeño gesto acababa de marcar su destino y el nuestro.

Cuando finalizó con los niños, el sacerdote leyó en el estómago de la llama una cosecha maravillosa, lluvias y sol para recolectar maíz de sobra incluso para cambiar por habas y patatas. Nos alegramos muchísimo con la buena nueva y todos nos felicitaron de corazón por la elección de Nemrac. Airún y yo nos miramos y nos abrazamos. Hacía más de veinte años que nuestros padres nos habían casado siendo nosotros unos niños, porque como todas las uniones, la nuestra también estaba decidida de antemano por los astros. Airún y yo veníamos de otras vidas a encontrarnos en ésta.

—Nuba, deberías quedarte con el guanaco —insistía Jaramucap.

—Muchas gracias, te lo devolveré cuando volvamos a vernos.

—Para mi familia será un honor que uno de nuestros animales sirva a una Virgen del Sol —me dijo, entre los abrazos de su mujer y sus seis hijos.

Jaramucap era nuestro vecino y formaba parte de nuestro atun runa, o familia. Como todos los ayllus, teníamos que repartir nuestro trabajo destinando una parte del mismo al bien común. En nuestro caso recogíamos juntos maíz durante veinte días por luna y dedicábamos los otros ocho a la construcción de un camino que nos permitiera llegar a Cacha. Ahora lo dejaría solo en su labor. El curaca, sacerdote y jefe de la aldea, no tardaría en asignarle un par de ayudantes, pero ya no sería lo mismo.

No pude contener la emoción y abracé a su familia. Airún se unió mientras Nemrac nos miraba cada vez más curiosa por la extraña situación. Nadie recordaba que los astros hubiesen designado nunca una virgen en nuestra aldea.

Después de comer, cada familia se fue retirando a su casa. Ése era de los pocos días que no trabajábamos, ni en el campo ni para la comunidad. Y nosotros lo aprovecharíamos para preparar el largo viaje con destino al Templo del Inticancha, donde asignarían a nuestra pequeña su morada hasta que estuviera en estado de comunión con el gran dios Inti.

Una vez dormida Nemrac, Airún y yo hicimos el amor toda la noche, fundidos en un sentimiento real, infinito y puro. Deseé que nunca amaneciese. Como todas las grandes situaciones en la vida, ésta también tenía dos lecturas. Inti nos había distinguido con una de sus hijas para que la engendrásenos y cuidásenos, pero esa pequeña criatura que ocupaba la mitad de nuestro corazón nos sería arrebatada para ocupar un lugar al que nosotros ni siquiera teníamos categoría para entrar.

Cuando el sol inundó la única estancia en que vivíamos los tres, yo no había conseguido pegar ojo, y Airún tampoco. Mientras ella aseaba a Nemrac, acabé de preparar las mantas con las pocas provisiones y los recuerdos que habíamos decidido llevarnos. Las levanté a peso y cargué sobre el guanaco las más pesadas, dejando sitio a mis dos mujeres, luego me até la mía a la frente. Ya estaba listo para marchar. Nemrac y Airún se acomodaron en el lomo del guanaco y nos pusimos en marcha. Toda la aldea se había levantado con el primer rayo de sol, como cada día, y nos despedían entre abrazos, besos y palabras de ánimo y apoyo. Airún y yo llorábamos de alegría y tristeza.

Jaramucap esperaba al inicio de nuestro camino, el que habíamos hecho juntos codo a codo, piedra a piedra, para abrazarnos como hermanos que éramos. Con la cabeza vuelta, comenzamos a caminar hasta que perdimos de vista lo que había sido nuestra vida desde muchas generaciones atrás. Airún me besó en la mejilla y Nemrac, que había ido durmiendo un buen trecho, se despertó sin posibilidades de volver a verla nunca más.

—Mamá, ¿dónde estamos? —preguntó poco después.

Airún paró al guanaco y desmontaron. Yo estiré mi manta en el suelo y aprovechamos para desayunar algo de fruta.

—Has sido escogida por Inti para servirlo —le explicó Airún.

—¿Y no vienen Paraconac, Ulianda, Añás y Sinchi?

—No, para tus amigos Inti ha dispuesto otros caminos —explicó Airún.

—A mí me gustaría que viniesen con nosotros.

—Y a nosotros también, hija, pero tú has sido escogida y deberás seguir tu destino, incluso nosotros deberemos dejarte —intervine.

La niña nos miró, pero el hambre desvió su mirada a la fruta. Comimos con abundancia y descuido, y bebimos agua cristalina del río que el camino bordeaba. Calculé que cuando el sol estuviese a punto de esconderse, nos encontraríamos a mitad de trayecto, y después, según las indicaciones del sacerdote, aún nos faltarían tres semanas hasta llegar a Cacha. Desde allí podríamos unirnos a algún convoy en dirección al Qosqo.

Antes de partir de la aldea, nuestro curaca Chabcha Auca me había dibujado un pequeño plano en la arena, a modo de guía. Al norte se extendía el gran lago Titicaca, del que había oído hablar por su enormidad y generosidad en la pesca, y del que desconocía entonces que allí había sido el inicio. Nosotros debíamos seguir el río hacia el oeste, sin abandonar la dirección de su cauce. Al otro lado se extendía la selva, poblada de tribus hostiles que no habían aceptado el mando del inca Pachacutec y vivían como salvajes. Nuestro camino todavía no formaba parte de los Caminos Reales vigilados por el ejército, porque no desembocaba en ningún sitio y quedaba cortado entre las montañas. Hasta que los ayllus de la comunidad lo terminasen, no sería reconocido ni vigilado.

Acabamos de desayunar y reemprendimos la marcha. El suave balanceo del guanaco sumió de nuevo a nuestra hija en un agradable sueño y Airún y yo pudimos conversar durante un buen trecho. Me encantaba conversar con ella. Desde que tengo memoria siempre ha estado a mi lado, siempre ha sido parte de mi camino, de mis recuerdos, de mis felicidades.

Mientras conversábamos me fijé en Nemrac, dormida. Tenía los mismos ojos que ella y la misma expresión de paz. Sin que Airún me viese, agradecí a los Astros, a Manco Capac, al Viracocha creador, a Inti y todos los Apus que me hubiesen permitido compartir esta vida con ella y que la elegida para Hija del Sol fuese nuestra hija y no mi mujer. Pedí perdón de

inmediato por mi egoísmo, pero en realidad eso es lo que sentía. Me acerqué a Airún y la besé.

—Éste es un buen sitio para pasar la noche —propuso, y yo estuve de acuerdo.

Descargué al animal, parapeté un par de mantas contra las ramas de un árbol e hice un pequeño refugio para protegernos de la humedad nocturna. Como la temperatura era muy agradable, no encendí fuego. Cenamos papas, habas y maíz y nos acostamos en mi manta. Airún y yo dormimos toda la noche abrazados a nuestra Nemrac, muy cansados de tantas emociones.

Por la mañana, después de asearnos en el río y dar gracias a Inti por su nueva aparición, comimos algo y reemprendimos el camino. Éste ya comenzaba a descender, lo que me indicó que hacia el mediodía llegaríamos al final del tramo empedrado. Conocía muy bien el punto en que nos hallábamos, recordé los centenares de viajes cargados de piedras desde la cantera de la aldea hasta allí, y de cuánto nos habíamos alegrado cuando dejó de ascender para tomar justo la pendiente contraria por la otra cara de la montaña. Jaramucap y yo habíamos elevado entonces una oración de gracias a los Apus.

—Airún, desmonta un momento, vamos a recordar a nuestros hermanos y agradecer la hospitalidad a los Apus —le dije a mi mujer.

—Nuba, amor, no tenemos tiempo, tú mismo has dicho que si no nos damos prisa no llegaremos al final del camino antes del mediodía. Yo también los echo de menos, pero no podemos parar cada vez que algo nos recuerde a ellos.

—Tienes razón, pero es que aquí Jaramucap y yo elevamos una plegaria, y al recordarlo me he entristecido un poco. Sólo es eso —le dije, y continuamos el camino.

El descenso se le hacía complicado al animal, nada acostumbrado a ese tipo de suelo. La pobre bestia siempre se había movido en el altiplano donde cultivábamos el maíz que se repartía en la aldea. El reparto corría a cargo de Chabcha Auca, que por la poca dimensión de la aldea ejercía de

sacerdote, astrólogo y curaca, pues no nos correspondía ningún funcionario real encargado de tales menesteres. Él escogía la cantidad para cada familia, dependiendo de la cantidad de hijos, el trabajo que realizasen y el estado de salud de sus miembros, entre otras cosas. Era el encargado de velar por la parte que se pagaba en concepto de impuestos al recaudador, que una vez por temporada acudía a la aldea. También se cambiaba una parte importante por otros cultivos, como papas, kiwicha, quinua, ají, habas y otros cereales, que eran distribuidos siguiendo los mismos criterios que el maíz.

Era una vida dura y sencilla. Desde mi nacimiento sólo recuerdo risas de niños, y hombres y mujeres trabajando. Y ahora por primera vez, a excepción del recaudador real y su séquito, vería gente no nacida en nuestra aldea. Enfrascado en mis pensamientos, descendíamos acompañados del sonido del agua, que en algunos tramos se hacía ensordecedor.

—No debes temer nada —me dijo Airún, capaz de leer en mis pensamientos desde el primer día que la conocí.

—No tengo miedo —le sonreí, al tiempo que cogía su mano.

Airún decidió desmontar y hacer un tramo a mi lado.

—Yo también quiero andar con vosotros —dijo Nemrac, arrugando su naricilla—. Si voy a ser Hija del Sol, tendré que empezar a caminar como una mujer.

Airún y yo nos echamos a reír, y así, entre risas, dejamos descansar al guanaco un rato. Lo cargué con el peso de mi manta a cambio del de las dos mujeres y caminamos los tres de la mano.

Al mediodía, cerca del final del camino empedrado paramos a comer. Extendimos la manta en el suelo, dimos gracias a la Pacha Mama por la fruta, las habas y las papas que nos íbamos a comer, y dimos buena cuenta de todo ello. Aprovechamos para descansar un poco, convencidos de que cuando dejásemos el camino, el viaje nos resultaría más duro. Nunca había llegado más allá y desconocía en qué estado se encontraba la montaña,

pero a juzgar por cómo la encontrábamos Jaramucap y yo en nuestro trabajo, más valdría acometerla con las fuerzas repuestas.

Una vez levantado el pequeño campamento, cargamos al guanaco con todo el peso y Airún hizo lo propio con Nemrac. Yo encabecé la marcha asiendo al guanaco de las riendas. Como suponía, el camino era escabroso y pronto vimos que el pobre animal no podría continuar.

Estuvo a punto de despeñarse en dos ocasiones y de despeñarme a mí con él. Por llevarlo cogido debía dar constantes rodeos para alcanzar a Airún y Nemrac, que bajaban en línea recta saltando las escarpadas rocas como si de un juego se tratase. Así que decidí dar media vuelta y volver al inicio del camino, con la esperanza de que si lo abandonaba allí, la bestia sabría regresar y reunirse con su amo.

—Esperadme aquí, voy a dejar al animal en el camino —les grité.

—Vale papá, vamos a jugar con el agua mientras te esperamos —contestó mi hija.

Las dejé y desanduve el poco tramo que había descendido hasta dar con el inicio del empedrado. Descargué al guanaco y de los tres fardos hice uno solo. Lo llené con lo que me pareció de más utilidad, comida y algo de ropa de abrigo. Dejé algunos de los recuerdos de nuestra casa. En pocos instantes todos los objetos de nuestra vida se habían quedado atrás.

Até todo lo desechado al animal y le di una palmada en las posaderas.

—¡Dale recuerdos a mi hermano! —le grité, mientras desaparecía camino arriba.

Anudé con fuerza la manta a mi frente y comencé el descenso. No tardé en oír las risas de Nemrac y unirme a ellas. Alrededor de nosotros, el ensordecedor ruido del río Iniya hacía que en algunos momentosuviésemos que gritar para escucharnos. El río se hacía cada vez más caudaloso y entre la vegetación de la ladera rocosa surgían brotes de aguas subterráneas que dificultaban la marcha.

La manta con nuestras cosas resbalaba sobre mi frente empapada de sudor y me obligaba a detenerme para tensar cada vez más fuerte el nudo.

Mientras estiraba fuerte las cintas oí un grito agudo como la picadura de una abeja.

—¡Mamá! —gritó Nemrac.

—¡Airún! —grité con todas mis fuerzas, al tiempo que me lanzaba tras ella como un loco.

Una piedra había cedido bajo los pies de mi esposa, precipitándola sin control por la escarpada pendiente. La vi intentando agarrarse en vano a alguno de los salientes de la montaña mientras yo bajaba tras ella. Una gran losa de piedra fue el final de su descenso.

—¡Airún! ¡Airún! —gritaba, asustado, desgarrándome la piel en cada grieta de un descenso sin piedad.

Por fin llegué donde mi mujer yacía inmóvil y con los ojos cerrados. La levanté con toda la suavidad de que fui capaz, pero había llegado tarde. El mundo se cerró en un segundo. La creí en brazos de las estrellas por un momento. A base de frotar su pelo y abrazarla cada vez con más fuerza, percibí un gemido y oí su respiración entrecortada. ¡Estaba viva!

La cogí con sumo cuidado, la cargué en brazos como pude y la subí, ayudándome de las raíces de los árboles a modo de improvisados escalones. No sé cómo conseguí llegar hasta Nemrac. La niña estaba hecha un ovillo, con la cabeza casi metida entre las rodillas, agitándose al ritmo de un llanto entrecortado con palabras ininteligibles.

—Tranquila, cariño, mamá se pondrá bien.

Poco a poco, Airún fue recobrando el conocimiento. Tapada con mi manta, abrió los ojos. Limpié la sangre de las heridas que se había infringido en los brazos, las piernas y la espalda.

—Estoy bien, sólo un poco dolorida —nos tranquilizó.

La dejé al cuidado de Nemrac y busqué un buen sitio para pasar la noche. Cerca de donde habíamos sufrido el accidente se extendía una pequeña charca, fruto de las traidoras aguas subterráneas, y a su alrededor una pequeña explanada de hierba baja en medio de roca y vegetación. Cargué a Airún y los tres fuimos al improvisado refugio. El vapor de agua que manaba de la charca delataba su origen termal. Recogí un poco de barro de

la orilla, con la esperanza de que fuese curativo, y cubrí las heridas de mi mujer. Todo había quedado en un gran susto.

Até la manta a modo de carpa y descansamos bajo ella. Nos sorprendió así la llegada de la luna. Di de cenar a Nemrac y, una vez dormida, me ocupé de nuevo de Airún. Sus ropas habían resultado jironeadas en cada revolcón de su caída al vacío.

—Airún, creí perderte y el mundo se nubló —le susurré.

—Mi vida, nada nos puede separar, ni siquiera los Apus, molestos por no haber pedido su permiso para recorrerlos.

La besé y nuestras lágrimas salaron los besos. La desvestí e hice lo propio con mis ropas. Luego la llevé en brazos hasta la charca de aguas calientes, donde nos metimos los dos. No podía concebir nada mejor. Estaba en el mismo paraíso con el ser más maravilloso de la creación a mi lado. Permanecimos inmóviles en el agua un buen rato hasta que ella se durmió en mis brazos. La saqué y la envolví en mis ropas para luego acurrucarme al calor de su extraordinario cuerpo. Dormimos hasta el alba, seguros y tranquilos, uno en brazos del otro.

Me levanté antes del amanecer. Me calcé mis chanclas de tiras de cuero y subí a una pequeña roca algo más arriba de donde habíamos pasado la noche. Adopté la posición de súplica y pedí perdón a los Apus de la montaña por no haberles solicitado permiso para cruzarla. Elevé toda la plegaria tal como se había hecho desde que Viracocha creara la Pacha Mama.

—Papá, baja —oí la voz de Nemrac.

Ya había finalizado la plegaria, así que me levanté y bajé tranquilo para despertar a mi esposa y desayunar todos juntos, ya recuperados del susto de la víspera. Cuando llegué, Nemrac estaba de pie frente a Airún, que aún dormía. El rostro de nuestra hija estaba petrificado, sus manitas caídas a los costados. En silencio absoluto unas lágrimas grababan dos surcos en su cara sucia.

—Mamá ya no está.

—Claro que está, ¿no la ves durmiendo?

—Mamá se ha ido.

Me acerqué con cuidado a Airún. Mamá se había ido.

Los acordes de las quenas y los tambores confeccionados con pieles de llamas sagradas acallaron los comentarios que reverberaban en las paredes de granito, sumidas en la oscuridad previa al amanecer, para dejar la sala en un respetuoso silencio. Esa madrugada se habían congregado casi todos los miembros de la corte. Allí estaban las panacas más importantes, las que habían dado Incas entre los suyos, jefes de pueblos conquistados y reconvertidos por el Inca en fieles servidores, generales y oficiales del ejército, y los curacas de las ciudades más importantes. Sacerdotes espirituales y astrólogos también esperaban en silencio. Todos habían sido convocados al acto sagrado.

Durante toda la noche los sacerdotes habían ejecutado sus ritos para purificar las energías de las piedras de la sala, talladas y engastadas unas en otras como si de una joya se tratase, pulidas hasta la máxima perfección para que el primer rayo de sol realizase su recorrido hasta el trono del Inca limpio y puro. Las momias de los antepasados estaban dispuestas en perfecto orden, vestidas y adornadas con esmerada dedicación para la ceremonia. Ellas serían las primeras en recibir la bendición sagrada del dios Inti en una sala que era santuario de paz y armonía. El trono del Inca se encontraba justo en el centro del ala norte, bajo una pared recubierta de oro. Faltaban pocos minutos para el amanecer, y así se anunciaba cuando tras la fanfarria de tambores y quenas aparecieron los tres dioses por una puerta cavada en el ala oriental. El cóndor, encargado de llevar las almas de los difuntos al paraíso, el jaguar, símbolo viviente del presente, y la serpiente, de todos los antepasados. Tras ellos, sentado en un palanquín cargado por cuatro soldados reales, entró el inca Yupanqui Pachacutec.

Estaba prohibido mirar a los ojos al Hijo del Sol, así que todos se tendieron boca abajo en el suelo de tierra aplastada sobre enormes losas de cuarzo. El cortejo acabó su recorrido ante los tres niveles que daban acceso al trono real. Un trono tallado con precisión de orfebre en la misma

roca de la pared, recubierta de puro oro y bajo el que destacaba una fantástica alfombra de plumas de aves tropicales.

Yupanqui Pachacutec, hijo del anterior inca Viracocha, tocado con el chullo real y vestido con una larga túnica de lana de alpaca, amarilla y roja, confeccionada con la única finalidad de ser usada en aquel acto, abandonó su litera real, ascendió los tres escalones y ocupó el lugar que se había labrado en el destino. Sólo en ese momento se levantaron los presentes y ocupó cada uno su lugar. Se situaron a la derecha del Inca, y un escalón más abajo los tres sacerdotes, Huáscar, de Pisac; Huaco, de Tambo Machay, y Rascar Capac, Sumo Sacerdote del Qosqo y Villaq Uma del Imperio. A su izquierda, un escalón por debajo del Hijo del Sol y a la misma altura que los sacerdotes, se sentaron su hermanastro, Urcon, y su hijo, Tupac Yupanqui. El resto de la familia y panacas de mayor importancia se fueron colocando por orden en los asientos tallados en el primer escalón.

El inca Pachacutec alzó su mano derecha y cesó la música. Se levantó, elevó sus manos al cielo y los presentes en el templo solar del Inticancha, donde se había coronado diez años atrás como Supremo Emperador del Imperio inca, se arrodillaron con las palmas de sus manos elevadas.

En ese momento, el primer rayo de sol del solsticio de verano entró por un pequeño agujero circular, cavado con maestría por los astrólogos reales en la pared occidental de la sala. Recorrió con su luz los rostros de todas las momias de los Incas predecesores del actual hasta llegar al inca Viracocha, el último en la lista de los descendientes del Sol. Imperturbable, el rayo de sol continuó con su recorrido sagrado hasta iluminar la enorme esmeralda engarzada en el chullo de Yupanqui Pachacutec, sobre la que descansaban las dos borlas reales. Sólo un instante después, el único rayo de sol presente, reflejado por la extraordinaria plancha de oro, iluminó toda la sala descuartizándose en millones de rayos que a su vez se multiplicaban en el oro de collares y pulseras y en todas las piedras preciosas que vestían el acto. La sala se transformó por un momento en un extraordinario elenco de arcos iris multiformes.

Tupac Yupanqui cumplía ese día diez años y era la primera vez que asistía al Inti Raymi. Sus ojos de niño no dejaron por escrutar ni un solo rostro, ni un solo rincón, ni una sola de las momias del templo. Con la boca abierta de orgullo y sorpresa, asistía al espectáculo de luz.

Poco a poco, en su ascensión natural, el sol empezó a inundar de luz toda la sala, chorreando a raudales por las aberturas del techo de troncos del Inticancha. El padre del príncipe heredero se sentó y permitió con su gesto que los demás se alzaran. Rascar Capac se levantó y comenzó una plegaria de gracias al dios Inti por su aparición diaria, que todos siguieron con devoción. Una vez finalizada, empezó la música y los ecos de la charla entre amigos se apoderaron del santuario.

—Papá, ¿por qué mamá también se ha tumbado en el suelo? —preguntó Tupac.

—Pequeño auqui, hoy el dios Sol confirma como su hijo, igual que un día hará contigo, a tu padre, y todos sin excepción deben sumisión al Sol — explicó el Sumo Sacerdote, Rascar Capac.

—Entonces, ¿el resto de los días mi padre no es hijo del Sol? —insistió Tupac Yupanqui.

—Tu padre fue un día elegido en estas mismas piedras, cuando Inti las transformó en soldados para luchar contra los chancas, marcando nuestro destino, el de mi querido hermanastro y el mío. ¡Ya te he explicado esa historia mil veces! —Esta vez fue Urcon quien habló.

—Tío Urcon, explícame otra vez la historia de las piedras soldados, ¡por favor! —apremió el niño.

—Ahora no es momento de juegos, Tupac Yupanqui. Acepta tu destino y aprende a dirigirlo —instó Pachacutec a su hijo.

—Sí, papá.

El Inca se levantó, alzó de nuevo sus manos y habló a los presentes:

—Pueblo elegido del Sol, panacas reales, sacerdotes y valerosos jefes que un día luchasteis contra mí o contra mis antepasados. He esperado al día de hoy para comunicaros una grave noticia que han vaticinado mis astrólogos.

Un silencio sepulcral se abatió sobre los presentes de la estancia, tan intrigados como asustados por la inusual intervención del soberano.

—Cuando mi padre Viracocha huyó forzado por el pueblo enemigo de los chancas de la sierra, todos sabíais que el gran Dios nos ayudaría y no tuvimos miedo. —Murmullos de aceptación acompañaban cada palabra del Inca—. Sin embargo, la noticia que vengo a comunicaros es mucho peor. Las estrellas hablan con claridad y hemos observado el cielo sin descanso desde la muerte de mi padre. La gran llama ha metido su cabeza en el río para siempre. El fin de nuestro pueblo está cercano. La profecía está presta a cumplirse.

Esta vez no fueron murmullos de aceptación, sino signos de verdadero pánico lo que marcó los rostros de los presentes.

—¡Lucharemos! —gritó el general Rumi Ñahui—. ¡Lucharemos y venceremos a la profecía!

Los gritos de júbilo y valor encorajaron al general, que comenzó a entonar una canción de guerra.

—Esta vez no, fiel general, esta vez no —sentenció el Inca, y continuó con su explicación—: Lucharemos, sí, pero no será suficiente. Por eso quiero comunicaros que he decidido continuar con más esfuerzo las obras de reconstrucción del Qosqo, reforzar y ampliar la fortaleza de Sacsayhuamán y emprender una nueva obra. Ya he dado las instrucciones precisas para que se preparen cientos de grupos de cintas en las que pido a todos los curacas de los cuatro territorios que recluten a todos los hombres disponibles e inicien mincas de inmediato. Mis chasquis reales están prestos para su partida.

Urcon cruzó una mirada inquisitiva con el sacerdote del Qosqo, que entre los vítores de la gente se la devolvió cargada de sorpresa. Ni el hermanastro real ni su más cercano sacerdote estaban enterados de la noticia.

—¿Y cuál será la nueva obra, Gran Inca? —preguntó Urcon, en medio del silencio de la gente.

—Mi querido hermano, esa obra será el refugio de nuestro Imperio, de nuestra cultura y de nuestra descendencia. Sólo si somos capaces de construir algo tan grande que ni las estrellas se atrevan a derribarlo, tendremos una mínima posibilidad de vencer a la profecía —habló el Inca, y de nuevo fue vitoreado y aplaudido.

—¿Y de dónde pensáis obtener el alimento? Si necesitáis tanta mano de obra y soldados, ¿quién cultivará los campos? —preguntó Urcon.

—Las mujeres y los niños. Y vosotros, nobles panacas, no temáis, conocéis de sobra la generosidad del heredero del Sol y seréis recompensados como merecéis.

Ante esta nueva aseveración del Elegido, los vítores cesaron. Nunca antes habían trabajado las mujeres y los niños. El trabajo se consideraba una bendición que sólo estaba al alcance de los varones mayores de diez años, justo en el umbral de la edad del despertar. Urcon miró con dureza a su hermanastro y luego a Rascar Capac.

—¡Has perdido el juicio! ¡Inti nos castigará si incumplimos la tradición! —exclamó Urcon, enfurecido. Nadie se había atrevido a hablar así al Inca.

—Urcon, Inti ya nos ha castigado con la profecía. Hemos perdido su favor. De nosotros depende ganarlo de nuevo. Construiremos una ciudad en la sierra, al norte de Pisac, con el mayor intihuatana conocido, para poder atar allí al Sol y no perder su favor —contestó Pachacutec, aún sereno.

—¡Si hemos perdido el favor del Sol, será porque su trono lo ocupa un usurpador! —bramó Urcon.

Un sinfín de gritos, empujones y acusaciones cruzadas hicieron mella entre los familiares de los antepasados, divididos entre seguidores de Pachacutec y de Urcon. El general Rumi Ñahui puso fin a la discusión, ordenando a la guardia real que rodeara al Inca y a su hijo y sacara a relucir las porras reales ante los asistentes.

—La construcción de la ciudad se inició en secreto hace varias lunas, en el mismo momento que Vilcashuamán. Se encuentra en la montaña del Machu Picchu, protegida por los Apus del Wayna Pichu. Ése fue el lugar

escogido por mis fieles astrólogos y allí construiremos el mayor asidero del Tawantinsuyu para atar al Sol. Es un lugar privilegiado, de una fuerza infinita desde el que podremos recuperar el favor de los dioses. En un par de días emprenderemos una marcha por el río Huilcamayo para ver el estado de las obras. Al mando del Qosqo quedará el general Rumi Ñahui, que velará por el buen discurrir de las otras empresas.

Urcon y algunos de sus seguidores abandonaron la sala entre gritos de «traidor» y «usurpador», mientras el general comenzaba a hacerse cargo de su nueva situación.

—Y para ti, hijo mío, Inti me ha encomendado otra tarea. Acudirás a Cacha para velar por el correcto almacenamiento de alimentos en las colcas. El Inca ha hablado —sentenció Pachacutec, y abandonó el santuario acompañado del príncipe Tupac Yupanqui y un pequeño séquito.

Poco a poco, los asistentes al sagrado acto dejaron la sala a merced de las momias de los antepasados y poco después, tal como había ordenado el Inca, un ejército de chasquis abandonó la ciudad del Qosqo cargados con las cintas, en las que se especificaban con rotunda claridad las instrucciones reales: «Reclutar para las mincas a todos los hombres disponibles y que las mujeres y los niños hagan los trabajos del campo. Una parte de todo lo recolectado deberá transportarse de inmediato a Cacha para abastecer la despensa del Imperio.»

En menos de una semana estas órdenes habrían llegado a todos los puntos del Imperio gracias a la red de chasquis que poblaban todos los caminos incas. En el mensaje también se prometían raciones dobles y beneficios a todos aquellos hombres que se uniesen al ejército, bajo el mando del general Rumi Ñahui.

—Hijo mío, sobrevendrán tiempos difíciles, conviene que comencemos a formar un ejército poderoso. Por eso he pedido el reclutamiento voluntario de todos los hombres que quieran alistarse —explicó Pachacutec—. Cuando vayas a Cacha debes hacer valer tu rango divino de Hijo del Sol. Es muy importante que nadie crea que tu descendencia no es por vía directa del

primer Inca, ¿comprendes, hijo? —dijo Pachacutec a su hijo, al que acababa de convertir en hombre de un plumazo.

—¿Y cómo hago eso, papá? —preguntó el auqui.

—Hay una serie de pequeñas normas, como por ejemplo no caminar jamás fuera de los templos y residencias reales. Debes hacerte llevar siempre en el palanquín y sólo bajarte cuando estés seguro de que te encuentras solo. También es importante que nunca te quites el chullo imperial en presencia de los demás. Y, sobre todo, recuerda que nadie que alce los ojos hacia ti debe vivir.

—¿Y si tengo ganas de orinar y voy en el palanquín y está lleno de gente, qué hago? —preguntó, dudoso, Tupac Yupanqui.

—¡Ja, ja, ja! Si te ocurre eso, tu inspiración divina te dirá qué hacer. Ahora ve con tu madre, yo tengo que despachar algunos temas con el general.

Tupac Yupanqui abandonó la estancia de su padre y, contrariando las recientes indicaciones, corrió por su propio pie en busca de su madre. A pesar de su corta edad, el príncipe sabía que lo explicado por su padre era importante, tanto como para mantenerlo en secreto incluso ante su madre. Pachacutec hizo llamar al general Rumi Ñahui a su habitación. El ahora general se había convertido en el hombre más fiel del Inca desde el día que lucharon mano a mano en la famosa batalla de las piedras soldados.

Él mismo había visto con sus ojos cómo el ahora Inca imploraba ayuda en medio de la batalla al dios Inti, llorando como un hijo que implora al padre poderoso, y éste le correspondió, convirtiendo las piedras del Inticancha en bravos soldados con los que luchó a muerte hasta expulsar a los chancas de la ciudad del Qosqo, perdida por la cobardía de Viracocha. Tras la gloriosa victoria, el entonces general en jefe de las tropas reales, Cusi Yupanqui, hijo del Inca y Mama Runtu, fue aclamado como el verdadero Inca. Haciendo gala de su generosidad, el general Cusi Yupanqui cedió el éxito de la victoria a su padre, que intentó apropiarse de ella para su hijo bastardo, Urcon. Pero la aclamación popular, y el apoyo del ejército, truncaron sus planes y convirtieron al general Cusi Yupanqui en el inca Yupanqui,

conocido para la posteridad como Pachacutec, el que transforma el mundo. En el primer acto que celebró ascendió a su fiel comandante al rango de general en jefe del Ejército Imperial.

El general Rumi Ñahui entró postrado de rodillas en la habitación real.

—Vamos, levántate —dijo el Inca, sentado en su cama.

—Gran Hijo del Sol, sin vuestra presencia en la ciudad, esto puede convertirse en un nido de carroñeros.

—Lo sé, fiel general. Por eso te he mandado llamar. Debes vigilar con esmero a Rascar Capac. Haz que lo vigile de cerca uno de tus hombres más fieles. En cuanto a mi hermanastro, no dejes de vigilarlo ni un instante y si incumple alguna de tus órdenes, no dudes en aislarlo en sus aposentos. ¿Has comprendido?

—Sí, y así se hará. También designaré a los hombres que acompañarán al príncipe hasta Cacha. Ocho de mis mejores soldados —confirmó el general.

—Muy bien. Ahora encárgate de que preparen el cortejo real. Mañana saldremos hacia Machu Picchu con los astrólogos, sacerdotes y panacas que quieran adherirse. Confío en ti, general.

Éstas fueron las últimas palabras que oyó de boca del Inca. No lo vería hasta su vuelta.

No sé cuánto tiempo pasamos los dos frente al cuerpo inerte de Airún. Yo me negaba a creer lo que veía, el cuerpo que tanto había adorado ahora estaba frío. La metí en las aguas calientes, la obligué a comer, la besé, primero con ternura y después agitándola enloquecido por la furia. Nemrac lloraba en silencio.

—¿Por qué? ¿Por qué me habéis quitado a mi esposa? —gritaba, furioso, a los Apus.

Pasó una noche antes de comprender que mi otra mujer me necesitaba. Bajé el cuerpo de Airún al río y lo lavé. Le puse de nuevo sus ropajes cuarteados, la deposité en posición fetal en un agujero recién cavado y lo cubrí de piedras y barro, en la misma orilla de la charca donde habíamos pasado nuestra última noche. Me colgué su collar de cuarzo y me llevé a la niña. Antes de marchar recogimos algunas de nuestras pertenencias y reanudamos el camino en completo silencio. No paramos a comer en todo el día. Además de no tener hambre, la mayoría de nuestras provisiones se había desperdigado mientras corría tras Airún en su caída, así que cuando empezó a anochecer intenté explicarle a Nemrac qué había ocurrido y qué ocurriría a partir de ese momento. No era fácil recuperarme a sus ojos después de que me hubiera visto sacudir el cuerpo sin vida de su madre como un loco.

—Cariño, mamá se ha reunido con Inti, donde nos esperará para unirse con nosotros en una próxima vida.

—No importa, cuando sea hija de Inti le pediré que nos la devuelva — argumentó la pequeña.

—Vida, eso no es posible, nadie, ni siquiera una virgen del Sol puede hacer eso.

—Entonces, ¿para qué voy a ser virgen del Sol?

—Porque tú has tenido el gran honor de servirlo en esta vida, sin necesidad de esperar la muerte para hacerlo, como ha ocurrido con mamá.

—Así pues, ¿no veremos más a mamá?

—En esta vida no. Más adelante ya nos reencontraremos otra vez los tres, pero hasta entonces sólo nos tendremos el uno al otro —le expliqué.

La niña no hizo más preguntas. Comió su fruta y las dos papas que quedaban y se durmió. Si todo iba más o menos como me había indicado Chabcha Auca, en dos días habríamos llegado a Cacha.

Esa noche no conseguí dormir. Cada vez que me entregaba al sueño, consciente que allí recuperaría a mi alma gemela, la pena me arrancaba de él a zarpazos, devolviéndome la realidad de la vida sin ella. Nada tenía sentido, ¿por qué los Apus nos habían castigado, si llevábamos a una elegida por el Sol, si nosotros la habíamos engendrado y cuidado con todo nuestro cariño?, ¿por qué nos castigaban de esa forma? Por primera vez en mi vida supe qué era el odio. Odié con todas mis fuerzas cuanto me rodeaba, todo lo que me había robado mi corazón y mi vida.

La ley mandaba que a los que sentían envidia, odio o falsedad, se les colocara en las rocas del perdón, desnudos y atados con firmes correas de lana, para recibir el castigo del Sol, del viento y la lluvia, hasta que la piel se despegara del cuerpo y se cuarteara como el cuero viejo. Pero a mí nada podía hacerme sufrir más de lo que sufría en ese momento. Arremetí con furia contra la montaña, lanzando rocas contra los árboles y el río. Me mordí la lengua hasta hacerla sangrar para no despertar a Nemrac con mis gritos de angustia e insulté con toda el alma a los Apus, al río, al Sol y a la Pacha Mama. Odié al curaca por haber elegido a mi niña y habernos obligado a emprender aquel maldito viaje, y a las estrellas por habérselo dicho. Y, sobre todo, me odié a mí mismo por no haber sido capaz de cuidar de lo que más quería en el mundo.

La salida del sol me descubrió maltrecho y agotado. Desperté a Nemrac y juntos descendimos por la senda maldita que nos había deparado el destino. Ella no preguntó nada. De tanto en tanto me parecía verla hablar con su madre, como si Airún estuviese presente y nada hubiese ocurrido, pero no me atrevía a intervenir y sólo asentía con la cabeza cuando su mirada se dirigía a mí. ¿Qué decirle a una niña que acaba de perder a su madre y en breve perdería a su padre?

—Papá, tengo hambre —me dijo de repente.

La necesidad y el recuerdo de las horas sin ingerir alimento me apartaron de la evocación constante de su madre, a la que no conseguía quitarme de la cabeza ni un instante. Ni siquiera sentía la mano de Nemrac, a la que llevaba sujeta con fuerza para evitar otro accidente. Habíamos andado durante horas, tanto que en breve anoecería, pero en mí no había lugar para nada más que la tristeza, la rabia y la vergüenza. Me avergonzaba de mí mismo por no haber sabido cuidar de mi esposa. ¿Por qué no había ido yo en cabeza? ¿Cómo podía haber causado una desgracia tan horrible? En esas horas de caminar a solas con nuestra hija pasaron por mi mente millones de escenas de nuestra vida en común. Recordé con total claridad el día de nuestra boda, cuando le había regalado la chacana de cuarzo.

—Papá, tengo hambre y estoy cansada, ¿podemos parar un rato? —insistió Nemrac.

Alcancé a decirle que sí y poco más, porque cuando abría la boca para hablar, en ella se entrecortaban palabras, tristeza y lágrimas. Abrí la manta con las provisiones y vi que ya no quedaba nada para cenar, ni siquiera una pieza de fruta. Mi desesperación fue absoluta: no sólo había sido incapaz de cuidar de Airún, sino que además ni siquiera podía alimentar a nuestra hija. Me arrodillé en el camino e imploré perdón. Nemrac se puso a mi lado y comenzó a llorar.

—Te prometo que no tendré más hambre —me susurró, secándose las lágrimas en mis ropas.

Comprendí por qué Inti la había escogido, o mejor aún, por qué la había reclamado: porque Nemrac no podía ser hija mía. Era imposible que hubiese heredado de una persona como yo ese valor y templanza. Ese pequeño ser, sin apenas conocimiento aún de la vida, me estaba dando toda una lección. Se suponía que era yo el que habría tenido que tomar las riendas, y no una niña de apenas diez años que acababa de perder a su madre, a sus amigos y la vida que conocía desde el día de su nacimiento. Y, sin embargo, ésa era la realidad.

—¡Airún! ¡Te necesito! —grité hacia mi interior con toda el alma.

La falta de luz y el cansancio que se apoderaba de todo frenó la marcha, así que por segunda vez en mi vida monté un pequeño campamento para nosotros dos solos. La acosté lo mejor que supe y me senté a su lado. Creo que no se durmió tan deprisa como quiso hacerme creer, porque nada más dejarla en el lecho improvisado de ramas y hierba aplastada, con el estómago vacío, cerró sus ojitos para no preocuparme más. La niña era consciente de mis incapacidades para aceptar y enfrentar la situación y ésa fue su manera, en su grandeza desacorde con su edad, de facilitarme el trance. Yo no podía dormir. Estaba del todo agotado, pero decidí permanecer tanto rato como me fuese posible despierto, con los ojos entornados, donde las sombras de la noche me traían la imagen de Airún, camuflándose entre los arbustos, corriendo tras las rocas y susurrándome desde el río, y así me pareció que debía quedarme, en su constante ensoñación. Hasta que al final el cansancio venció y mi cuerpo se sumió en un dormir negro, sin sueños ni recuerdos.

—Papá, despierta. Ya es de día.

Me incorporé despacio, dolorido y cansado, sin nada que desayunar y con un sentimiento de culpa que me hacía sentir el hambre de mi hija en mis propias tripas. Así que la dejé sentada en el improvisado campamento y eché a caminar con la idea de encontrar algo comestible. A pesar de la fortaleza que se esforzaba en mostrar, yo sabía que no podría estar otro día más caminando sin alimentarse y en un estado de pena tan profundo. Mi educación de campesino ayudó para encontrar unas cuantas bayas y plantas de gusto repugnante pero raíz tierna que confortarían a nuestros estómagos.

—Mira qué frutas tan ricas he encontrado —mentí—. Cuando lleguemos a la ciudad y te presentes en el templo, nos hartaremos de habas y maíz.

El recuerdo de las habas dibujó una pequeña sonrisa en su hermosa cara. Aunque las raíces eran agrias y las bayas estaban verdes, Nemrac lo comió todo sin una sola mueca de desaprobación. Cuando acabamos el desagradable desayuno reanudamos la marcha, guiándonos por el cauce del río. Ojalá no tardásemos en llegar a Cacha.

El Sol estaba a punto de alcanzar su máxima altura y brillaba con fuerza sobre su reino cuando vimos desde lo alto una pequeña construcción de piedra, como un torreón, que correspondía al calor solar con un brillo agradecido. Seguimos el descenso por la loma hasta alcanzar lo que resultó ser una chulpa, la torre de relevo de los mensajeros imperiales. Por fin habíamos alcanzado el camino de Cacha.

—Buenos días —saludé al centinela, secándome el sudor con la túnica.

—Buenos días. ¿De dónde venís? —contestó.

—Si tienes tiempo te lo puedo explicar, pero antes, ¿podrías darle a mi hija algo de comer y un poco de agua? Está agotada y hambrienta —pedí.

—Tú tampoco pareces muy sobrado de fuerzas. Esperad un momento, tengo un cesto con algo de fruta —dijo el centinela, que ya había relajado su recelo inicial, excesivo e innecesario a juzgar por nuestro estado.

El soldado salvó de un salto los dos escalones de acceso al interior de la torre que, desde uno de sus recodos, saludaba al camino bien protegida sobre el pico de una roca, y apareció con un cesto lleno de fruta y papas. A Nemrac se le iluminaron los ojos. También traía una bota de piel de llama llena de agua. Esperé a que la niña se saciara y luego, tras agradecer de todo corazón su ayuda, comí una papa y un aguacate de las provisiones de Mayta Amauri, pues así nos dijo llamarse. Cuando iba a relatarle nuestro desgraciado viaje, un sonido amortiguado por la lejanía nos hizo callar.

—Viene alguien —dijo Mayta Amauri.

...